



PERÚ

Ministerio de Cultura



BICENTENARIO  
PERÚ

COLECCIÓN MANERAS PERUANAS

# ANA LIRA

Heroína de nuestra Policía Nacional



Brenda Román - David Cárdenas

# ANA LIRA

**Heroína de nuestra Policía Nacional**

**GUION DE BRENDA ROMÁN  
DIBUJOS DE DAVID CÁRDENAS**



**PERÚ**

Ministerio de Cultura



BICENTENARIO  
PERÚ

BIBLIOTECA BICENTENARIO  
Colección Maneras Peruanas, 9

*Ana Lira: heroína de nuestra Policía Nacional*

Primera edición digital, mayo de 2025

© Ministerio de Cultura del Perú  
Sello editorial - Proyecto Especial Bicentenario de la Independencia del Perú  
Av. Javier Prado Este 2465 - San Borja, Lima 41, Perú

Ministro de Cultura: Fabricio Valencia Gibaja  
Director ejecutivo del Proyecto Especial Bicentenario: Percy Yhair Barranzuela Bombilla  
Jefa de la Unidad de Gestión Cultural y Académica-PEB: Mariela Noriega Alegría  
Coordinador del proyecto Colección Bicentenario: Agustín Panizo Jansana

Guion: Brenda Román  
Ilustración: David Cárdenas

Conceptualización de la colección: Jaime Vargas Luna  
Entrevistas, selección, recojo y sistematización de la investigación: Brenda Román, a partir del capítulo “Memorias de una heroína” del libro *El Perú tiene rostro de mujer*, de Luis Carlos González (Mesa Redonda, 2022: 19-40).

Coordinación editorial y edición de textos: Renzo Palacios Medina  
Asesoría gráfica y revisión de color: Grisel Vargas Velarde  
Colorización: Javier Soto

ISBN 978-612-5152-82-4  
Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2025-01966

Se permite la reproducción parcial siempre y cuando se cite la fuente.

“A aquella época, la década de los ochenta e inicios de los noventa, fue la más violenta y cruenta. Se vivía un clima de incertidumbre tremenda; era imposible tener metas o proyectos a futuro.

Y si lo hacías, tus planes caían rápidamente. Uno veía derrumbarse cualquier sueño que intentaba realizar.

El país pasaba por momentos apremiantes en todos los sectores. Sobre todo, en materia económica, social e ideológica”.

- Ana Lira



Entre febrero y junio de 1992, se registró la muerte de varios efectivos policiales en atentados contra locales de instituciones públicas y privadas.





## **ANA LIRA**

*Heroína de nuestra Policía Nacional*

*Desde pequeña, Ana Carolina Lira Chumpigahua sintió una profunda vocación de servicio. En un principio soñaba con ser maestra, con educar y guiar a futuras generaciones. Sin embargo, las circunstancias la llevaron por otro camino, el de la policía.*

*Movida por el deseo de proteger y servir a su comunidad, ingresó a la Escuela Femenina de la Policía, entonces conocida como la Guardia Republicana del Perú, de donde egresó en 1985.*

*Dos años después, en 1987, encontró el amor en Elfren Santiago Poémapo Zorrilla, también miembro de la Policía Nacional. Juntos construyeron una familia, y para 1992 eran padres de dos pequeños; uno de cuatro años y el menor de un año.*

*Ana ya había alcanzado el grado de suboficial de primera y vivían en la urbanización Mariscal Cáceres, en Canto Grande, distrito de San Juan de Lurigancho. Pero la felicidad que había construido se vio truncada por un ataque que marcó su vida para siempre.*

*Años después, decidió contar su historia, no solo para mantener viva la memoria de lo ocurrido, sino para dar voz a todos los policías que, como ella, fueron víctimas de la violencia terrorista. A través de sus recuerdos, nos convertiremos en testigos de su sacrificio, su lucha y su resiliencia.*

*Su testimonio es un homenaje a todos aquellos que enfrentaron el horror con valentía, es un grito de justicia que nos recuerda que su historia nunca debe ser olvidada.*

Urbanización Mariscal Cáceres, Canto Grande,  
San Juan de Lurigancho, 1992

Gracias a un sorteo de Mutual Perú, Elfren y yo compramos una casita. Al comienzo me alegré mucho por ello. Pero poco a poco me empezó a invadir una angustia. Yo sabía que estábamos en una "Zona Roja". Así se les llamaba a las zonas que estaban bajo dominio de Sendero Luminoso. Y ya me había enterado de que algunos colegas habían muerto en ataques y atentados.

A veces me dolía la cabeza y no podía dormir. Le rogaba a Dios en silencio que nada le pasara a mi familia, a mi esposo...



Si le pasara algo... ¿cómo haría para criar sola a mis hijos?



Tranquila, amor. Todo estará bien.



Pero dentro de mí, podía sentir que se aproximaba el peligro.

Hasta que llegó el día que cambiaría mi vida para siempre: el 31 de marzo de 1992.



Como pocas veces, durante esos días  
¡dormí siete horas! Así que me levanté con  
mucha energía.



Mi rutina era alistarme e ir al trabajo.

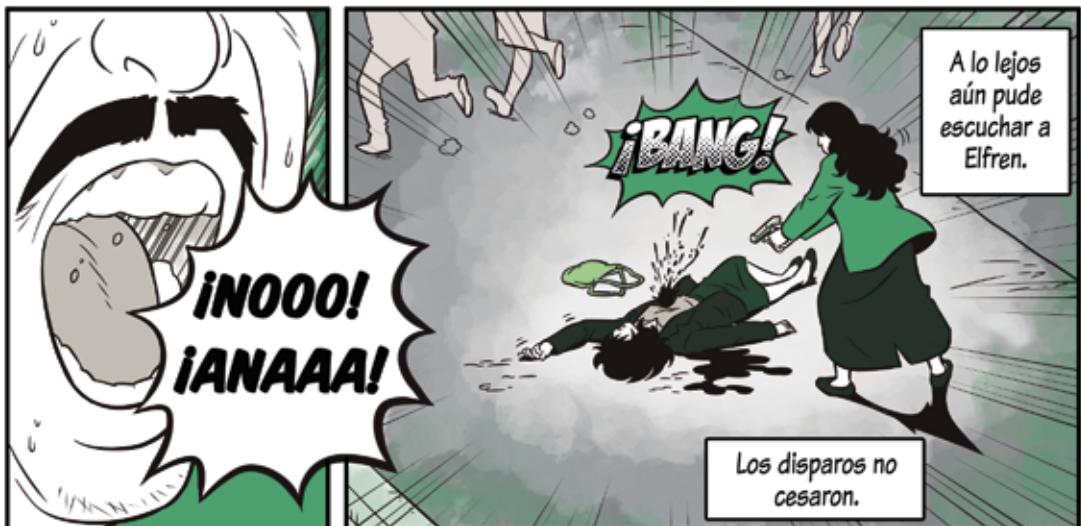


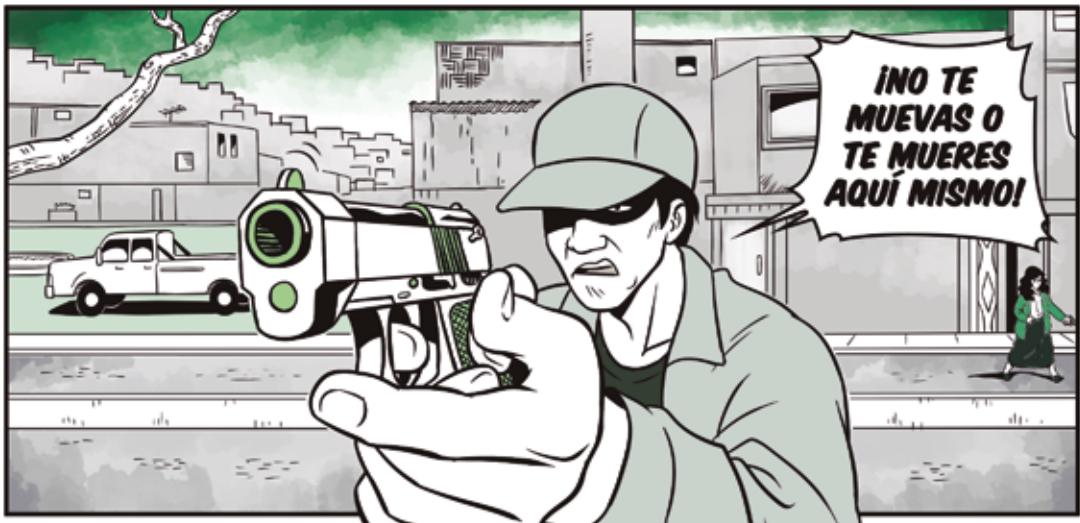
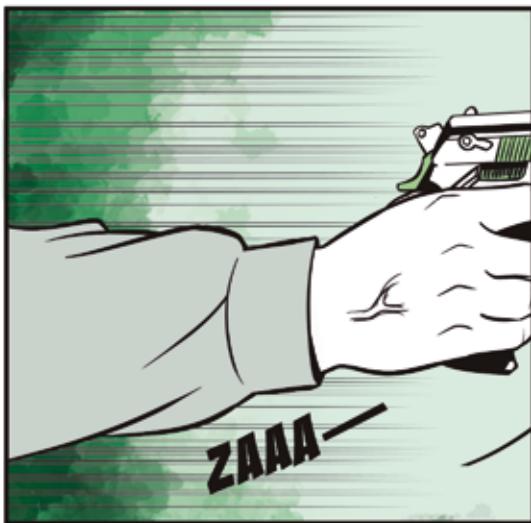
Pero esa mañana, extrañamente, me detuve frente al espejo  
de la sala más tiempo de lo usual...

















Cuando por fin terminaron, se fueron caminando junto con sus cómplices, llevándose mi bolso y mis documentos.

Ven, Johan,  
vamos con tu  
hermanito.

¡Por Dios, Ana!  
¡Hay sangre  
por todas  
partes!

**¡ANA!**

**...  
¡¡ANA!!**

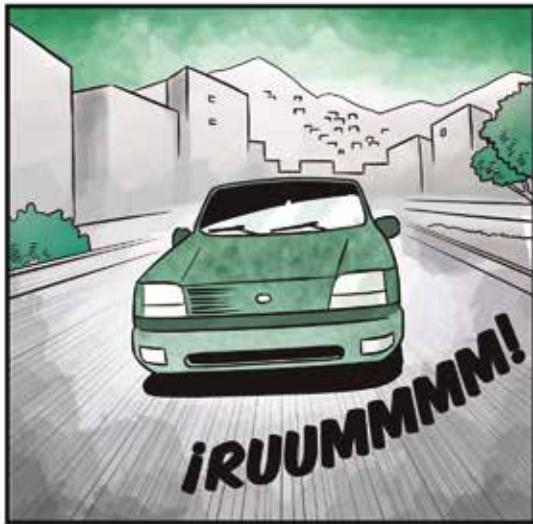


¿Se fueron?...

Sí...

Llévame al hospital.







En el hospital Augusto B. Leguia decidieron transferirme al hospital central de la PNP Luis N. Sáenz, pues no tenían los medios para atender un caso tan grave.



Conozcamos la historia de  
**ANA LIRA**  
Heroína de nuestra Policía Nacional









En pos de mi sueño, decidí estudiar en la Universidad San Martín de Porres, integrándome al programa de Educación.

Quería ser docente y enseñar historia del Perú. Yo sentía que tenía vocación de verdad, vocación de servir a mi país.



Me hubiera gustado postular a una universidad nacional, pero había demasiadas huelgas. Eso hacía imposible estudiar con tranquilidad.



Conseguí un pequeño trabajo para poder pagar la universidad, y mis abuelos también me ayudaban. Sin embargo, la situación del país cada día empeoraba.

El trabajo que tenía no  
me alcanzaba para  
cubrir mis gastos.

Pasajes,  
comida, entre  
otras cosas.



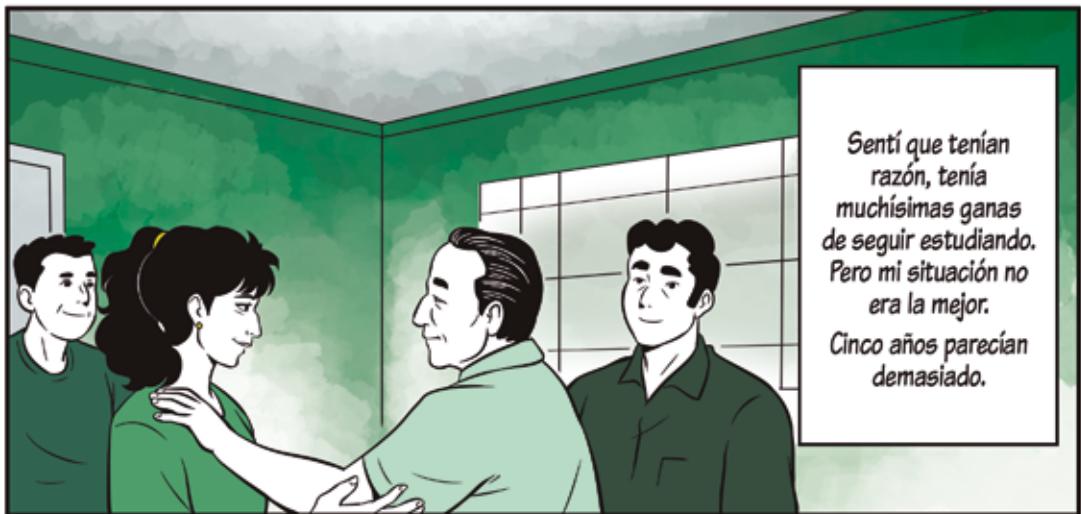
Y tuve que  
relegar mis  
estudios.



Yo seguía sintiendo  
esa fuerte vocación,  
pero también sentía  
que tenía que resolver  
mi futuro.

Fue entonces que tuvimos  
una reunión familiar con mi  
abuelo y mis hermanos, que  
eran policías...





Sentí que tenían razón, tenía muchísimas ganas de seguir estudiando. Pero mi situación no era la mejor. Cinco años parecían demasiado.



Mi abuelo ya me había comentado que la Guardia Republicana admitía mujeres desde 1982.

Pensé en esa institución como la oportunidad de continuar con mis sueños. Mi intención siempre fue ayudar a la sociedad.

Y me di cuenta de que, siendo policía, podría hacerlo.



La labor policial es sacrificada, eso es sabido.

Pero me armé de coraje y decidí prepararme para postular.

Era un mundo nuevo para mí.

La preparación física para el ingreso fue difícil, y tenía poco tiempo.



Fue un gran esfuerzo durante dos meses.

Gracias a las rutinas continuas en el gimnasio, natación y atletismo, en poco tiempo vi resultados.



Me convertí en una mujer fuerte.





Llegó el día de la prueba, y me sentía nerviosa. Yendo hacia el examen, pensé con mucha vehemencia en hacerme un lugar dentro de la Policía Nacional del Perú.

Demostré que merecía ese lugar. Saqué el mejor puntaje de la prueba física.



Tuve una excelente nota en la prueba de conocimiento.



Y en la entrevista dije lo que sentía y sentiré toda mi vida:



Quiero ser policía para servir al pueblo, y proteger a la ciudadanía.  
Quiero servir a mi patria eternamente.

La Policía Nacional del Perú existe desde 1987, cuando se unificaron sus tres cuerpos:

La Guardia Civil (GC), la Policía de Investigaciones (PIP) y la Guardia Republicana (GRP).



El 2 de mayo es el día de la policía femenina porque ese día en 1956 ingresaron 40 mujeres a cargos administrativos de la PIP. La Guardia Civil admitió mujeres en 1977 y la Guardia Republicana en 1982.



Ingresé a la Escuela Femenina de Policias en 1984.

REPÚBLICA DEL PERÚ

Tenía 21 años, y sentí que la vida y todas las vibras del universo querían que yo sea policía.

Quizás en mi vida pasada también lo fui, y estaba, otra vez, cumpliendo mi destino.

El tiempo de instrucción duró un año, y fue una experiencia sin igual.

Llevé estudios de todo tipo: estrategias policiales, manejo de armas, técnicas de lucha y aprendizaje de nuestras leyes.

Doce grandiosos meses durante los cuales los instructores hicieron un gran trabajo.

79 mujeres fuimos la promoción "Micaela Bastidas". En esos años tan difíciles, queríamos estar a la altura de nuestra patria.

Recién egresada de la Escuela Femenina de la Policía en 1985, tuve la suerte de escoger mi primer lugar de trabajo.



¡Estaba tan contenta de poder servir a mi patria!



Yo tenía aún la pasión de querer ser docente. Por eso pedí ser destacada al colegio Precursora de la Independencia, en Los Olivos.



Fue una buena etapa, me gustaba mucho ver a los niños y jóvenes correr por el patio. Siempre vigilaba que estén dentro de sus aulas durante las horas de clase.





Luego del colegio me destacaron a la Séptima Región de Lima. En ese tiempo era la Segunda Región de la Guardia Republicana, para los destacamentos de seguridad de Lima.  
De ahí llegué a la Dirección de Recursos Humanos.



Más adelante, por primera vez en penales; en el penal Castro Castro.



De ahí me destacaron a la Municipalidad de Lima. También rotaba entre el Congreso y el Palacio de Justicia.

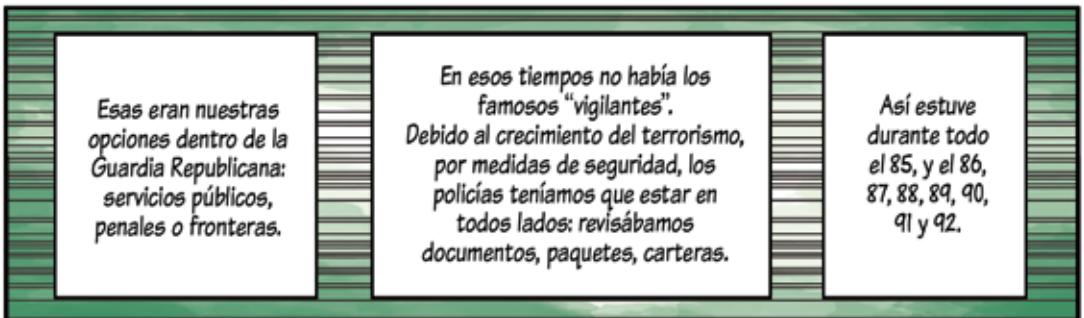


Y después de eso empezaron los tiempos más difíciles...



Me destacaron de nuevo a penales. Primero al de Lurigancho...

... y, luego de eso, nuevamente a Castro Castro, donde estuve cerca de cuatro años.



Esas eran nuestras opciones dentro de la Guardia Republicana: servicios públicos, penales o fronteras.

En esos tiempos no había los famosos "vigilantes". Debido al crecimiento del terrorismo, por medidas de seguridad, los policías teníamos que estar en todos lados: revisábamos documentos, paquetes, carteras.

Así estuve durante todo el 85, y el 86, 87, 88, 89, 90, 91 y 92.



Mi último trabajo fue en la Contraloría General de la República.

CONTRALORIA GENERAL DE LA REPUBLICA



Durante toda mi carrera, hubo trabajos que me dejaron profundas huellas en el alma. Algunas hermosas, otras terribles.

Uno de ellos —que quizás fue la coincidencia más hermosa de mi vida— fue cuando trabajé en el Ministerio de Relaciones Exteriores.



Fue entonces que conocí al amor de mi vida:



Elfren Santiago Poémape Zorrilla



Pasamos de ser compañeros leales, durante largas jornadas de vigilancia, a acompañarnos y conversar sobre música y discos, conocernos más y, a pesar de nuestras diferencias, enamorarnos.



Bastaron seis meses para saber que queríamos estar juntos para toda la vida.



Mientras estuve destacada por primera vez en el penal Castro Castro, pedí vacaciones para poder casarnos.

Nos casamos en San Pedro de Lloc, en 1987.

En mi familia había un poco de desconfianza y oposición. Ambos lo sabíamos.

SAN PEDRO DE LLOC  
1864 1987  
CAPITAL PROVINCIAL



Pero nosotros estábamos muy seguros, enamorados y felices.

Incluso, ya para ese entonces teníamos construida parte de nuestra casa en San Juan de Lurigancho...



... sin saber el destino que me esperaba.



Cuando me destacaron a la Municipalidad de Lima, ya estaba embarazada de nuestro primer hijo.

De ahí volví a los penales, empezando una etapa de trabajo que me dejó profundas huellas...



Primero fue el Penal de Lurigancho.

La noticia me cayó como agua fría. No me lo esperaba y no me gustaba.

Pero no me quedó otra que acatar la orden del comando policial. Sentí algo de pesar.



Algunos de mis colegas no querían ir porque las cárceles, en esos tiempos, estaban repletas de terroristas...





En Castro Castro estaban todos los terroristas de Sendero y el MRTA.

Se organizaban, planeaban, y hasta dirigían atentados desde la misma cárcel.

Era un ambiente caótico.  
Los policías nos exponíamos a diario.  
Y éramos muy pocos para tanta gente.



A las reclusas sentenciadas por terrorismo, sobre todo las de Sendero, no les gustaba acatar las normas. Querían imponerse, y cuando no accedíamos, empezaban los insultos, amenazas y cánticos:

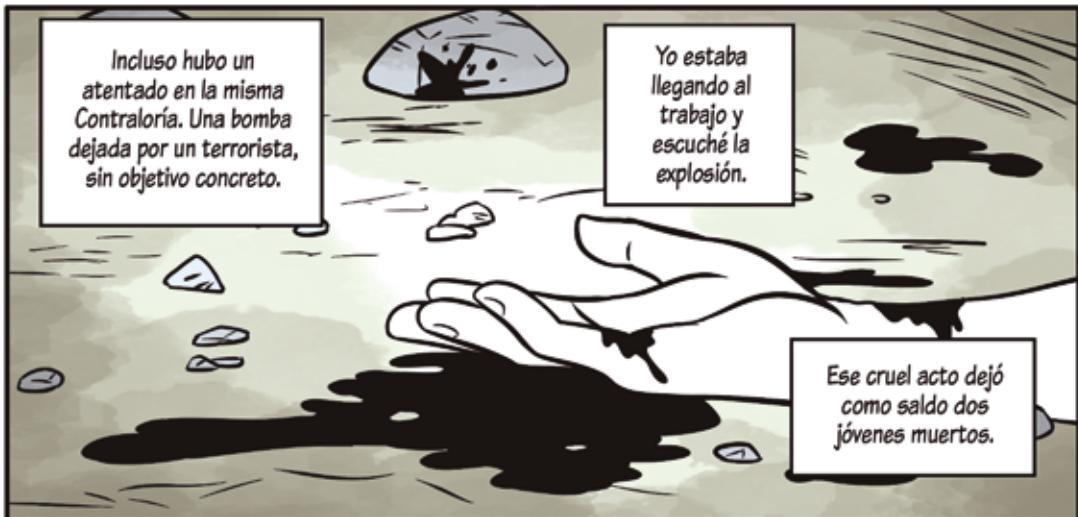
“Sargento Ana Lira, el Partido Comunista Sendero Luminoso te aplastará algún día”, “El poder será nuestro”, “Pedirás perdón de rodillas”, “Viva el presidente Gonzalo”, “Viva Sendero”.

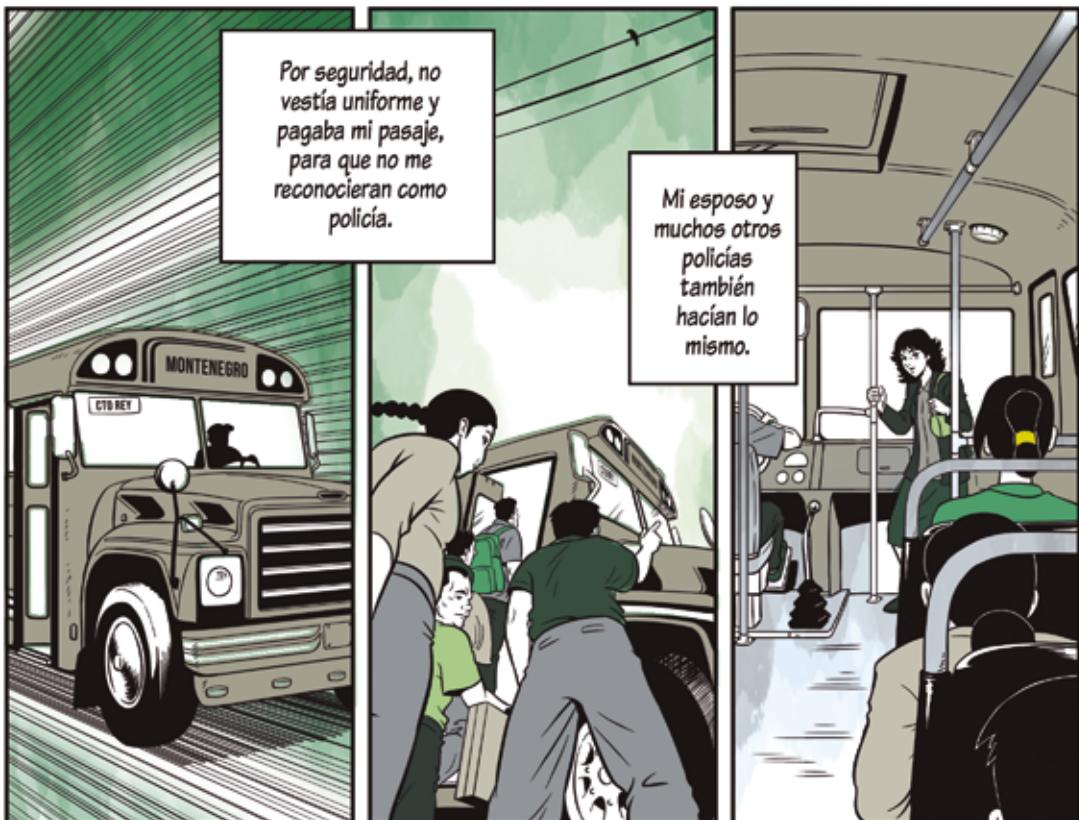


Eso era el pan de cada día de los policías que trabajábamos en penales.

Fueron años muy difíciles, me dejaron desgastada moral y psicológicamente.











Sentía que el peligro rondaba en cada esquina, que algo me podría pasar. Y no me equivoqué...

Una chica policía que prestó servicios en el distrito Miguel Cuesta dentro de un grupo de asesinatos realizados por miembros de Sendero Luminoso en la ciudad de Lima. Una noche se le acercó un terrorista que la apuntó con un rifle y una bomba en su mochila. La chica permaneció en presencia de su agresor.

## Acribillan mujer policía cuando subía a microbús

OJO - Lima, jueves 02 de abril de 1989

apuntó a un colectivo para dirigirse al centro de la capital acompañada de su esposo, el agente Edwin Vásquez. Una vez dentro, se acercó a la puerta y disparó dos balazos en la cabeza y la cintura. La policía

apuntó al suelo. Allí la remataron dos de cuatro terroristas que estaban en el coche.

Los asesinatos no se limitaron a la capital. Una noche, el agente Alfonso Gómez, de la policía de la zona de La Victoria, se acercó a su casa en la calle Huancavelica y disparó contra su familia. Los asesinos de los policías murieron en la cárcel.

Los asesinatos de abanderados y terroristas que salieron por los medios de comunicación fueron numerosos. Los asesinatos de los agentes de la policía de la zona de La Victoria, que se acercó a su casa en la calle Huancavelica y disparó contra su familia. Los asesinos de los policías murieron en la cárcel.

Dos días después del atentado, la noticia en un diario me daba por muerta. Quizás para protegerme, quizás fue un mensaje de Sendero Luminoso.

Nunca lo sabré. "Mejor que crean que estoy muerta", pensé.



Tenía la boca llena de tubos por lo que a duras penas le pude hacer señas a la enfermera de que quería escribirle algo.



Dice que quiere ver a su esposo.



Elfren pasó muchas noches y amanecidas en el hospital. Siempre estuvo allí. Durmiendo sobre una frazada en las escaleras desde el primer día, pasando por la angustia de querer saber de mí...



Por favor, enfermera, ¿cómo está? ¿Ya despertó?



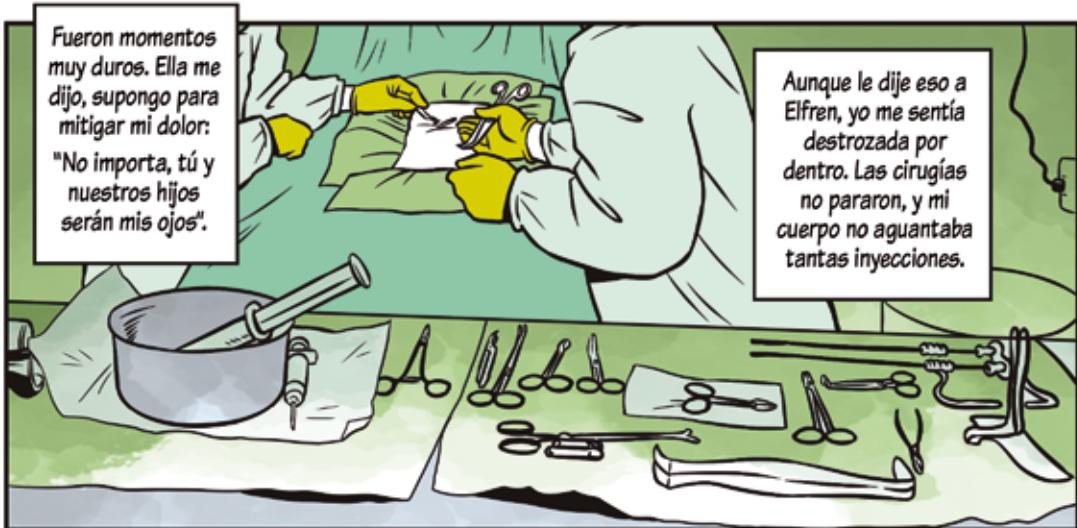
Nunca se apartó de mí. Vigilaba la puerta de la habitación y se aseguraba de que nadie extraño pudiera enterarse de mi estado. No podíamos estar seguros de que yo estuviera totalmente fuera de peligro y, dado que la prensa había anunciado que yo había muerto, ni mi familia estaba enterada de mi situación.

Desde el primer día fui operada de emergencia, debido a la gravedad de mi estado. Al tercer día me intervinió quirúrgicamente en oftalmología. El diagnóstico inmediato fue ceguera irreversible, de ambos ojos. Entonces, por fin, Elfren pudo entrar a verme.

Pude entrar a verla y me impacté. Mi esposa estaba destrozada. Tenía la cara hinchada, le faltaba un ojo, el pelo cortado totalmente.



Era otra persona. Y me quedé sin palabras cuando me dijeron que ya no iba a ver. Yo se lo tuve que decir.





Luego de limpiar la herida, la fiebre desapareció; pero ya había quedado en una situación de ceguera irreversible. Con los días me enteré de que la extirpación de mi ojo derecho no habría sido necesaria, pues la infección era por la herida de bala mal atendida. Fue otro golpe más, creo que nunca en mi vida lloré tanto como esa noche.

A los 30 días, mi cuerpo ya se estaba recuperando y mi mente también.



Escuché que pronto me darían de alta. A pesar de que aún me costaba acostumbrarme a la ceguera y me sentía mareada, tenía ya ganas de regresar a mi casa y rehacer mi vida, estar con mis hijitos.

Pero también pensaba mucho en Elfren. Lo amo tanto que me partía el alma pensar que pudiera ser infeliz conmigo, que yo fuera una carga en su vida.

No puedes quedarte conmigo, Elfren, no es justo para ti, eres un hombre joven.

¿Qué? No seas loca, tú eres el amor de mi vida, Ana, somos una familia. Te amo, mis hijos y tú lo son todo para mí.



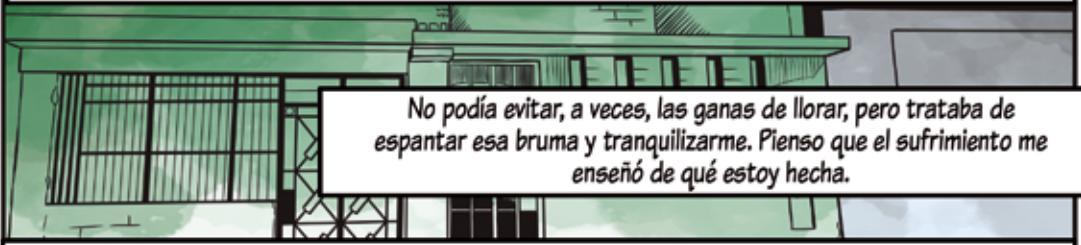
Siempre pensé que él es una bendición en mi vida. Yo ya no podía ver, pero él fue mi guía y me cuidó siempre de forma abnegada.



Los 45 días que estuve en el hospital fueron como un entrenamiento para mis sentidos.

Recuperé mis ganas de vivir, de reír, de ser libre.

Aún tenía miedo, pero estaba lista para intentarlo. Descubrir que el resto de mis sentidos me ayudarían a enfrentar mi ceguera fue asombroso.



No podía evitar, a veces, las ganas de llorar, pero trataba de espantar esa bruma y tranquilizarme. Pienso que el sufrimiento me enseñó de qué estoy hecha.

Agradecía, sobre todo, el estar viva y no haber desistido en la lucha por vivir. Mis hijitos fueron mi gran motivación, ellos también son mis ojos. Por eso lo que me ocurrió al regresar a casa fue una de las cosas más difíciles de aceptar para mí.

No los vi, pero los pude percibir, los sentía...

Ambos estaban tristes y asustados, se refugiaron en Elfren al verme. Mis hijos no me reconocieron.



¿Quién eres? Tú no eres mi mamá.

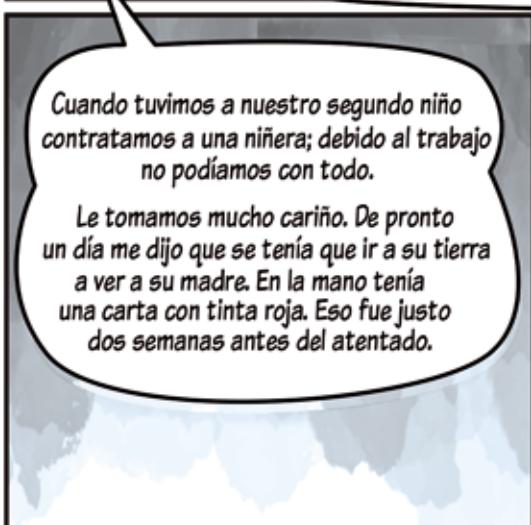
Esas palabras me desgarraron el alma. No se dejaban agarrar ni cargar por mí, no querían estar conmigo.

Estas primeras semanas están siendo espantosas, los niños solo quieren estar con Elfren. No tengo pelo, tengo un parche en mi rostro y llevo lentes oscuros todo el tiempo. Entiendo, de cierta forma, que mis niños no me reconoczan, o que les cueste hacerlo.





No solo esas cinco balas dejaron secuelas en mi cuerpo, me dolía el corazón recordar cuando estuve en el hospital, escuchando los quejidos de dolor de mis mis colegas lastimados, el llanto de sus familias en los pasillos, la paranoia de que aún podrían buscarme si se enteraban de que estaba viva. Todo eso balanceado con el recuerdo de mis hijitos, el amor y apoyo de Elfren y la amistad que hice con varias de las enfermeras, quienes estuvieron siempre pendientes de mí y tristes por lo que me pasó.







Fui invitada a la iglesia de Canto Grande a dar mi testimonio. Me sentí contenta de oír voces conocidas; sin embargo, el evento se empañó al saber, por medio de unas vecinas, que quizás mi atentado pudo haberse evitado, pues parece que ya se había corrido la voz de que Sendero iba a atentar contra una policía de la zona.



Lo principal era mudarnos, a pesar de que las cosas ya se habían tranquilizado en cierta medida me aterraba la idea de que le sucediera algo a mi familia. Soñaba con un barrio más tranquilo, más seguro para que crecieran mis hijos.





Ana, el Ministerio del Interior lo promueve previa revisión de tu caso. Pienso que tú lo ameritas, y mucho.

Elfren estaba conmigo en todo momento, mientras esperábamos podía imaginar que no sería la única que anhelaba tener una casa para comenzar de nuevo.



Si bien no nos mudamos inmediatamente, cuando finalmente pudimos instalarnos estábamos tan felices que nos tomamos muchas fotos en la casa.



En la casa de Carabayllo tuve que aprender desde cero a orientarme, saber dónde estaban las habitaciones, las cosas... También volví a cocinar, palpando los ingredientes y diferenciando cada uno de los aromas... Me cortaba constantemente, pero poco a poco fui avanzando, a la par que mis hijos se acostumbraron a mi ceguera.



Se convirtieron ahora sí en mis ojos y gran apoyo.

A pesar de que todo en mi hogar iba mejorando y yo me rehabilitaba, no podía dejar de pensar en el resto de policías discapacitados que Elfren me describió en la sala de espera de la Dirección de Bienestar.



Me gustaría que todos los policías que sufren accidentes o atentados sean tratados dignamente y reciban un apoyo considerable para seguir con sus vidas.



Hablé con un amigo abogado y él me recomendó formar una asociación. Luego de muchas reuniones y presentaciones a diferentes instancias del Gobierno, finalmente lo logramos. ¡Fue un gran triunfo para todos!

Empecé a recibir invitaciones de congregaciones para dar mi testimonio de vida y también charlas motivacionales en eventos policiales.

Recuerdo una, en el 2002, cuando ya habían pasado diez años desde el atentado.



Sentí muy importante poder dar mi testimonio, pienso que mi historia podría servir para que la sociedad reflexione acerca de lo destructiva que es la violencia, la importancia de la historia, de los eventos que no debemos olvidar para que no se vuelvan a repetir.



Por eso me sentí muy bien de que Elfren y yo pudiéramos dar nuestro testimonio para la CVR en una audiencia pública.

Señores de la Comisión de la Verdad, muchas gracias por darme esta oportunidad. Le doy gracias a la institución a la cual represento, le agradezco también en nombre de mi esposo....

Fue así como hablé de la experiencia que tuve, paso por paso, detalle a detalle, cómo me afectó, afectó a mi familia, datos de mi vida y cómo sobreviví.



Elfren también dio su testimonio, pude sentir que, a pesar del tiempo transcurrido, las secuelas emocionales no se habían ido; él estaba conmovido.

Parte del testimonio que di en la CVR fue el siguiente\*:

En ese tiempo, en los 80, había mucho amedrentamiento al Poder Judicial, al pueblo. Ya vivíamos casi cuatro años en Cantogrande. Había muchos apagones y ya era algo acostumbrado en la zona que en la oscuridad se viera en los cerros las señales de fuego con la hoz y el martillo.

Hubo muchísimas víctimas por el clima de violencia que vivíamos. La Policía Nacional no escapaba a esta situación. Muchos uniformados fuimos víctimas de atentados terroristas, de comandos de aniquilamiento... Veíamos cómo nuestros colegas eran acribillados a veces en el tránsito o a veces haciendo redadas. Conocí a varias vecinas mías que eran esposas de colegas que habían sido asesinados por elementos terroristas.

Era un tiempo muy difícil; para los terroristas, la vida del policía no valía nada. Cada día era normal leer los diarios y ver que un policía había sido acribillado o que una bomba traicionera había destrozado a un policía. Eso era el diario vivir de los 80, hasta el 90. Nosotros nunca pensamos que nos podría pasar a nosotros.

Entonces, ese día, un 31 de marzo, escuché un estallido. Pensé que era la llanta del carro, de la combi, y no, era el primer disparo que me tiraban por la espalda. De ahí caí y me acuerdo que mire al cielo y dije: ¿Por qué?.....



\*Aquí y en la página siguiente presentamos una versión ligeramente adaptada del testimonio original.

Yo quiero agradecerle sinceramente a Dios esta segunda oportunidad de vida que me da. En verdad, fue difícil recibir la noticia de que no iba a volver a ver. Pensaba en mis hijos, pues de tener una madre sana, tenían que convivir con una madre ciega, discapacitada. Aunque, les digo una cosa: nunca me sentí así. Cuando me recuperé, sentí unas ganas de vivir que no tuve tiempo para decir: «Estoy ciega y, bueno, pues, qué pena». No. Tenía un incentivo y unas ganas de vivir tremendas.

Como le decía a mi esposo, no tenía, ni tengo ningún rencor, ningún odio. Siento una paz dentro de mí, tremenda. Al contrario, sentía pena, por esas personas que creían que con la violencia iban a ganar; la violencia crea dolor y destruye a los seres humanos.

Creo que hay que cambiar el rencor, el odio, para que en nuestro Perú haya más paz. Esta Comisión de la Verdad tiene una palabra que me gusta mucho: «reconciliación». Por eso, espero, honestamente, señores comisionados, que ahora que son como cirujanos que están abriendo estas heridas, que en muchos casos todavía están con pus, de repente están en carne viva, pues tengan esos hisopos y todos los elementos necesarios para que puedan cicatrizar.

¿Duele? Sí, duele. Esta familia sufrió, pero tiene muchas ganas de seguir adelante. Yo le agradezco a mi institución porque me mantiene con un deseo de vivir tremendo. La formación que me dieron fue tremenda, me ayudó mucho. Agradezco a las personas que estuvieron a mi lado en momentos muy difíciles de mi vida.

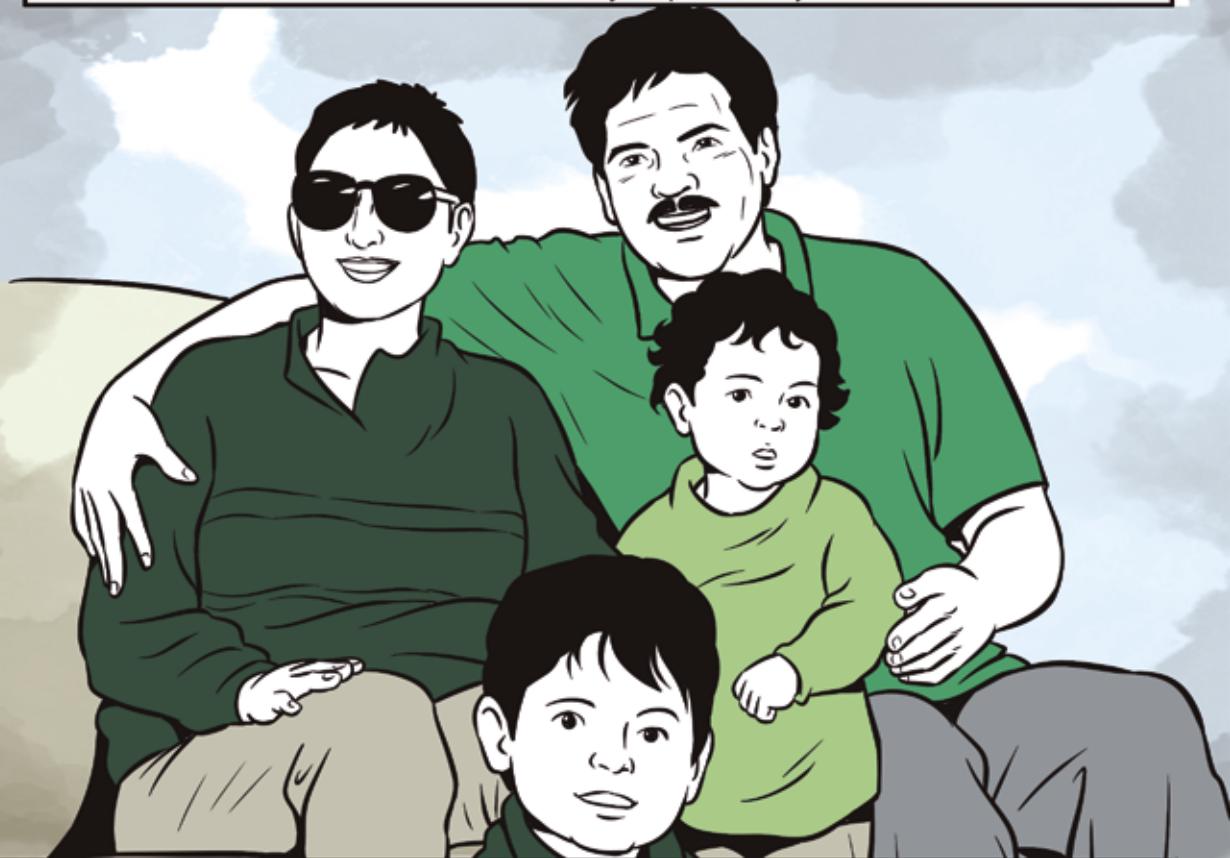
Deseo que esta comisión logre sus metas, sus anhelos, porque sé que esa palabra, «reconciliación», va a darse cuando todos los peruanos nos unamos en una sola cosa: paz, democracia, pero con paz.

Le deseo lo mejor a ustedes y que este testimonio de esta familia, de esta mujer que ustedes ven acá, no sea solamente para revivir momentos difíciles que hemos pasado, sino que aprendamos del dolor y que sigamos adelante a pesar de todo. Les doy muchas gracias.





Y la respuesta, siempre, estuvo en Dios, mi patria y mi familia. El saber que aún estaba para ellos y que me necesitaban era una motivación que superaba cualquier dolor.



Tuve la bendición de haber conocido a mi esposo Elfren. Sin duda él es mi corazón, mi alma, no imagino una vida sin él. Ha estado a mi lado durante toda esta experiencia. Aun cuando se lo pedí, jamás me dejó sola, jamás. Es el amor más grande que he tenido, así como el de mis hijos.

Con el tiempo, con nuestros hijos ya mayores, nos mudamos una vez más, hasta recalar en nuestro departamento actual, el que aún estamos pagando en cuotas. Todo vale la pena por tener algo de tranquilidad.



Eso es lo que más quería en esta vida: tranquilidad. Por eso me conmoví mucho cuando me enteré de que mi madre biológica me estuvo buscando, que quería verme.

Ella se llama María y es originaria de Huicungo, en Juanjúi. Estuvo en Lima algún tiempo, pero por circunstancias muy dolorosas tuvo que regresar a su tierra y me dejó con mi mamá Anita, mi abuelita en realidad, quien me crió y educó.



Después de buscarla, mi hermano Santos la encontró y me dijo que ella quería verme, y me pasó su teléfono.

Se lo conté a Elfren, les conté a mis hijos. Estuve tres días casi sin dormir, pensando y pensando.

Señor, ¿qué hago? Ella es mi mamá, o sea, ella me engendró. Pero... ¿Por qué ahora? ¿Cómo le digo? ¿Mamá? ¿María? ¿Señora? Y el Señor me dijo algo muy bonito.

Me dijo: "Mira, ella te engendró y tú tuviste el privilegio de tener dos madres. Te engendró una y te crió otra. Pero las dos te las mandé yo. Así que tú tienes que ser una mujer agradecida. Tú eres mamá".



Fue así que nuestro primer encuentro se dio en el año 2017. Fue muy emotivo: ella me vio y se puso a llorar.

Le dije: "María, tranquila porque si tú te pones así, me vas a poner a mí así y vamos a ser dos que vamos a estar mal".

Entonces nos pusimos al día, supimos después de tantos años que había sido la una de la otra.



Pero, ¡por qué ahora?... ¡Porque era el tiempo, pues! Era el momento del encuentro de dos mujeres que estaban necesitándose hace 53 años. Y ya, estamos juntas ahora, conversamos mucho, nos llamamos, siempre buscamos saber una de la otra.



Después de un tiempo, viajé a Juanjú, cuando mi mamá María cumplió 80 años, y pude conocer a mis hermanos, conocer el calor de su tierra y el calor de una madre que añoraba poder abrazar a su hija y por la que pedía a Dios que me dure más.

Actualmente, Ana colabora con la Asociación de Policias Femeninas del Perú-Apolfem, que ayuda de manera voluntaria y asistencial a otros policías en los hospitales de la Policía Nacional.

Además, ella y su esposo se dedican a dar consejería matrimonial y charlas motivacionales a la Policía Femenina.



Haber llegado hasta aquí ha sido toda una aventura que me enseñó a enfrentar las adversidades y desgracias, que la violencia no es la respuesta, y que la vida es primero que todo.



Mis ojos fueron arrebatados por amor a mi patria, por cumplir mi labor policial en aquel abismo. Mi vida pudo haber terminado. Pero si me preguntan si volvería a vestir el uniforme y dar mi vida por mi país, la daría otra vez si fuese necesario.

Esta ha sido mi historia. Mi esposo, mis hijos Johan y Jorge, y yo les damos las gracias por conocerla.

## **SOBRE ESTE LIBRO**

Ana Lira es una heroína de la Policía Nacional del Perú. Sufrió un atentado a manos del grupo terrorista Sendero Luminoso en San Juan de Lurigancho el 31 de marzo de 1992, tras el cual quedó gravemente herida y perdió la vista. La suya es una historia de dolor y sufrimiento en una de las épocas más violentas que hemos vivido como país, que ha dejado profundas huellas en nosotros. Pero también es una historia de amor, esperanza, reconciliación y fe. Esta es la historia de una mujer feliz que lo ha superado todo.

Este libro forma parte de la serie de narrativa gráfica Maneras peruanas, que integra la Biblioteca Bicentenario del Proyecto Especial Bicentenario de la Independencia del Perú. Todos nuestros libros buscan contribuir a la conmemoración del Bicentenario, ampliando el conocimiento histórico sobre nuestra independencia y república, y fomentando la reflexión crítica sobre el país que hemos construido hasta ahora. Para cumplir este propósito, esta serie ofrece a los lectores historias de vida de peruanos y peruanas de diversos orígenes sociales, económicos y regionales, cuyas vidas cotidianas son testimonios de lucha y forja del país. En cada libro descubrimos una historia de vida atravesada y definida por alguna arista de la vida nacional, haciendo de la serie un conjunto plural de historias que revelan la diversidad y complejidad de la república peruana desde su dimensión más humana.



ESTACIÓN  
**LA CULTURA**  
GRUPO EDITORIAL



**ANA LIRA**



PERÚ

Ministerio de Cultura



BICENTENARIO  
PERÚ